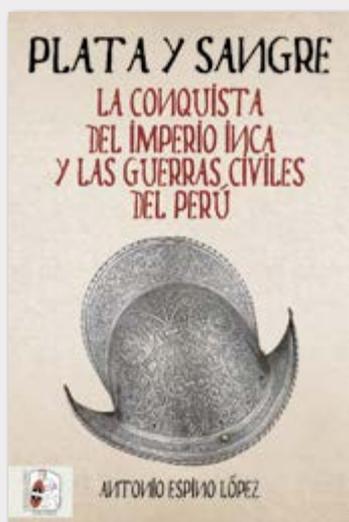


# Desperta Ferro Ediciones

## Una mirada novedosa a la conquista de América

**Plata y sangre se adentra en un episodio crucial de la Historia de España y América: la conquista del Imperio inca por parte de un grupo de soldados liderados por Francisco Pizarro y Diego de Almagro que marcaron la etapa colonial del nuevo continente.**



**14-01-2019** – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *Plata y sangre. La conquista el Imperio inca y las guerras civiles del Perú* del catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona [Antonio Espino](#). La obra relata, al uso de las antiguas Crónicas de Indias, la conquista de América convirtiéndola en un apasionado relato tanto de las hazañas que protagonizaron los conquistadores como de sus luces y sombras.

La conquista del Imperio inca a manos de un puñado de españoles sigue fascinando por lo que tiene de empresa quijotesca. ¿Cómo pudieron Pizarro, Almagro y poco más de un centenar de hombres someter al Estado más poderoso de América, capaz de poner en pie de guerra a millares de guerreros, y que había conquistado, implacablemente, a sus vecinos? Antonio Espino responde a la cuestión con brillantez, en una narración vibrante que aúna el descubrimiento de un mundo ignoto con el análisis de cómo las innovaciones militares europeas se adaptaron al nuevo continente.

Unas innovaciones que, además, iban a emplearse sin interrupción en la negra tarea de matarse unos españoles a otros, ante la mirada impertérrita y la colaboración forzosa de unos indígenas cuyo mundo se tambaleaba. Si la conquista fascina, su envés son las guerras civiles que diezmaron a la primera generación de conquistadores del Perú. Hombres como Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, Gonzalo Pizarro, que acarició romper con España y coronarse rey, o Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes. Todos ellos encontraron en el Perú mucha plata, sí, pero también mucha sangre.

*Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú* se erige como la nueva obra de referencia para entender el fenómeno de la conquista del Perú, analizando con maestría las estrategias militares utilizadas o el papel decisivo de la introducción de las armas de fuego. Pero la obra no deja de lado la crónica del alba colonial del continente así como las guerras civiles entre los conquistadores que se grabaron a fuego en la temprana América hispana.

El libro está **disponible desde el viernes 28 de diciembre**.

### Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 637 659 915 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

### Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



## SOBRE EL AUTOR



**Antonio Espino López** nació en Córdoba en 1966. Es historiador y catedrático de Historia Moderna de la Universitat Autònoma de Barcelona, en el departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Su especialidad es la historia de la guerra en la Edad Moderna y entre sus temas de investigación destacan la historia de la Guerra, fronteras, violencia, Cataluña, Monarquía Hispánica, América colonial, y el periodo que abarcan los XVI y XVII. Es docente en esta misma institución desde 1993 y publicó su tesis doctoral en 1999: *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana (1679-1697)*.

Entre sus monografías destacan *Guerra y cultura en la Época Moderna* (Madrid, 2001); *La conquista de América. Una revisión crítica* (Barcelona, 2013), *Las guerras de Cataluña. El Teatro de Marte (1652-1714)* (Madrid, 2014) y *Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú* (Madrid, 2019).

También ha publicado artículos de investigación en revistas como *Hispania* (Madrid), *Bulletin Hispanique* (Bordeaux); *Cheiron. Materiali e strumenti di aggiornamento storiografico* (Milano); *Historia* (Santiago de Chile); *Histórica* (Lima), *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* (Hamburg), *Anuario de estudios americanos* (Sevilla), *Magallanica: revista de historia moderna* (Buenos Aires), *Atalanta: revista de las Letras Barrocas* (Sevilla) o *Obradoiro de historia moderna* (Santiago de Compostela), entre otras.

## SE HA DICHO

«El catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Barcelona y especialista en Historia Militar, Antonio Espino López [...] propone una mirada sin prejuicios de la colonización hispana.»

*El confidencial*

«No se puede hablar de genocidio planificado, pero sí del inicio de grandes hecatombes en el continente americano.»

Antonio Espino

«Tenemos una factura pendiente con los descendientes de las poblaciones aborígenes. Pero no sólo los españoles, sino todas las potencias europeas imperialistas en las épocas moderna y contemporánea.»

*El confidencial*

# ÍNDICE

Mapas

Introducción

- 1 UN IMPERIO POR CONQUISTAR:  
EL ESTADO INCA Y SU ORGANIZACIÓN**
- 2 LA CAÍDA DEL IMPERIO INCA**
- 3 ALMAGRO, VALDIVIA  
Y LA CONQUISTA DE CHILE, 1535-1553**
- 4 ALMAGRISTAS Y PIZARRISTAS**
- 5 LA REBELIÓN DE LOS ENCOMENDEROS**
- 6 EL LEVANTAMIENTO DE GIRÓN, 1553-1554**

Conclusión

Apéndice. Los cronistas de la conquista  
y las guerras civiles peruanas

Bibliografía

Índice analítico



Izquierda: máscara funeraria incaica de plata. Ethnologisches Museum, Berlín.

Derecha: figurita inca de un camélido compuesta por una aleación de plata, oro y cobre (ca. 1400-1533). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

# DOSIER DE PRENSA

# CAPÍTULO 1

## UN IMPERIO POR CONQUISTAR: EL ESTADO INCA Y SU ORGANIZACIÓN

Hacia 1350, en los Andes centrales, donde habrían llegado procedentes de la zona del lago Titicaca, a partir de 1200, los incas comenzaron un muy lento proceso expansivo que les llevaría al dominio total de la región. En 1438 se fechó el inicio de la guerra contra los chancas que, de alguna manera, puso en marcha la maquinaria militar inca. En su momento, John Rowe propuso una cronología de la expansión del Imperio inca, discutida por antropólogos y arqueólogos, iniciada por Pachacuti (o Pachacútec) entre 1438 y 1463, cuando conquistó el entorno de Cuzco, y continuada por él mismo y Túpac Inca Yupanqui (Topa Inca) hasta 1471, cuando se incorporaría la costa norte del actual Perú y se alcanzaría la región de Quito. En los años de Pachacuti, este reedificó la capital y se preocupó en especial por la fortaleza que la defendía: Sacsayhuamán, un gran almacén de armas y ropa de la urbe, donde, además, se atesoraba buena parte del oro y la plata incas. Pachacuti también se preocuparía por remozar las estructuras sociales: los incas emparentados con el monarca, los llamados *orejones* en las crónicas hispanas a causa de que llevaban las orejas perforadas con grandes agujeros, fueron divididos en once *aillus*, o grupos de parentesco transmitido por línea masculina. Al no ser suficientes para cubrir todas las necesidades de gobierno de un Estado en plena expansión, el emperador decidió crear diez nuevos *aillus* a partir de aquellos que se habían asimilado al sistema inca, y que hablaban quechua, procedentes del entorno ocupado/conquistado de Cuzco. Conforme el imperio se fue expandiendo, Pachacuti utilizó la mano de obra tributaria de los *mitimaes* para reedificar primero su capital y para, después, consolidar el control sobre los territorios que se iban ocupando y sus poblaciones. Dichos *mitimaes* eran grandes grupos de personas que, trasladados por la fuerza desde sus lugares de origen hasta las tierras recién ocupadas, se irían adaptando al régimen incaico impuesto. Y, al mismo tiempo, se enviaban gentes de otras zonas al valle de Cuzco; así, mediante dicho sistema de desarraigo y nuevo arraigo, el control imperial se iba extendiendo.<sup>2</sup>

Fue este un excelente ejemplo de imperio hegemónico, es decir, aquel que no opta por derrocar a los antiguos gobernantes y anexionarse el territorio, el cual es vigilado por un ejército de ocupación, que sería el caso de un imperio territorial, sino aquel otro que opta por transformar a las élites gobernantes locales del territorio conquistado

en vasallos y disponer, eso sí, de los tributos de sus poblaciones. En lugar de erradicar a dicha élite gobernante, el modelo inca se decantó por cooptarla. Por otro lado, la velocidad del avance de la conquista por parte de una civilización que, además, carecía de caballos, hubiera sido muy lenta si todos los territorios conquistados hubieran necesitado de tropas de ocupación. Era mucho mejor incorporar a los ejércitos del conquistador las tropas de las etnias sometidas. Pero, lo cierto es que, en este modelo de imperio hegemónico era mucho más fácil que se produjesen rebeliones.<sup>3</sup>

Dicha cuestión era de suma importancia, pues autores reconocidos, como John Murra, han defendido la idea de una expansión muy rápida, pero también de rebeliones y sucesivas reconquistas, como las diversas fases componentes de un mismo proceso. Algún cronista, como Sarmiento de Gamboa, sugirió que a la muerte de Pachacuti su heredero, el noveno inca, Túpac Inca Yupanqui, hubo de reconquistar numerosos territorios.



El encuentro entre Atahualpa y Pizarro en Cajamarca según una lámina de la *Primer nueva crónica y buen gobierno* (1615) de Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1615), coloreada por Juan de Aragón. El original se encuentra en Det Kongelige Bibliotek, Copenhague.

# CAPÍTULO 2

## LA CAÍDA DEL IMPERIO INCA

Bien formado en las guerras del istmo panameño desde 1509, cuando inició la conquista de Perú, Pizarro era un gran experto en cuestiones indianas; un hombre de cincuenta años que llevaba varios decenios habitando en las Indias, en concreto, desde 1504. Era muy respetado por la gente bajo su mando debido a su capacidad de liderazgo y tenacidad, pero también porque conocía sus necesidades y procuraba subsanar todas sus carencias. Nunca dudó del triunfo, al menos en público, y constantemente se refirió a las futuras riquezas que todos ganarían. Sus cronistas de cabecera, así como Francisco López de Gómara lo fue de Hernán Cortés, fueron Francisco de Jerez y Pedro Sancho de la Hoz,<sup>7</sup> secretarios ambos del conquistador, quienes de forma oportuna resaltaron las justificaciones religiosas, éticas, morales y políticas no solo de la presencia hispana en las Indias en general, sino aplicadas al caso inca en particular.<sup>8</sup>

Desde 1521, Francisco Pizarro se asoció con Diego de Almagro para explotar algunas minas, negocio al que se sumó Hernando de Luque en 1522; la compañía minera, en la que participaban otros diez socios, en unos seis años pudo hacerse con seis millones de maravedís de beneficios (176 470 reales de plata o bien 22 058 pesos).<sup>9</sup> Además, Pizarro y Almagro disponían de tierras y una encomienda de indios cada uno. Pero, ya en 1524, cuando se conformó una primera compañía para descubrir el estado aborigen situado al sur del istmo panameño, Pizarro asumió el principal rol militar, mientras que Almagro se responsabilizaría de tareas logísticas en la retaguardia. Y, poco más tarde, tras firmarse la Capitulación de Toledo con la Corona en 1529, incluso los hermanos de Francisco, en especial Hernando, pero también otros capitanes, como Hernando de Soto, tendrían un rango superior al de Almagro. Si este se mantuvo en la compañía fue, sin duda, para no perder la oportunidad de participar en una expedición planificada ya hacía tantos años. Así, la resolución de un primer conflicto se difirió en 1530, y lo mismo sucedería en 1535. Demasiados aplazamientos. Por ello, la crisis que estallara en 1537 fue tan virulenta.<sup>10</sup>

Entre 1524 y 1525 una primera expedición al mando de Pizarro con 112 hombres partió del istmo



Retrato imaginario de Francisco Pizarro (1835), óleo sobre lienzo de Amable-Paul Coutan (1792-1837). Palacio de Versalles, Francia.

panameño en dirección sur. Fue un fracaso y perecieron 38 personas. Pizarro emprendería una segunda expedición entre 1526 y 1527, esta vez con 110 hombres. Solo a finales de 1526 obtuvieron, por primera vez, información fidedigna sobre la existencia de la ciudad de Tumbes y del Imperio inca, lugares que buscaron con afán casi suicida hasta que un año más

tarde, en noviembre de 1527, pudieron confirmarlo a ciencia cierta. El 3 de mayo de 1528 regresaba a Panamá Pizarro, no sin que se hubiesen gastado los tres socios una fortuna en aquellas expediciones. Poco después se decidía que el propio Pizarro fuese a la Corte a negociar en nombre de todos ellos los términos de la forzosa capitulación de conquista que era obligatorio firmar antes de iniciar una acción de mayor envergadura. Tras viajar hasta Toledo, solo el 26 de julio de 1529 vio cumplido el trujillano su anhelo de refrendar una capitulación que debía proporcionarle fama y fortuna, pero que a la postre fue uno de los primeros eslabones de la cadena que conduciría a la guerra civil. El caso es que Pizarro se reservó para sí todos los honores, cargos, empleos y salarios importantes, y dejó para sus socios, Almagro y Luque, los cargos menores. Pizarro pasó por Trujillo en septiembre de 1529, donde reclutó hasta 53 personas, entre ellas sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo, ante los que ya podía presentarse como gobernador de la Nueva Castilla. Esperaba alcanzar la cifra de 150 enrolados, como prescribía la capitulación, antes de partir de Sevilla, pero a Pizarro no le fueron bien las cosas y apenas alcanzó los 120 hombres, motivo por el que se vio obligado a partir de Sanlúcar de Barrameda sin que las autoridades lo advirtieran a finales de enero de 1530. Solo a mediados de año llegaron a Panamá.<sup>11</sup>

Es posible que los beneficios obtenidos por los tres socios aquellos años apenas sumasen un millón de maravedís, cuando se habían gastado hasta doce en dichas jornadas, de ahí que Francisco Pizarro tuviese mucha prisa por salir en dirección al territorio que la Corona le había confiado para su conquista. Y así lo hizo el 27 de diciembre de 1530. La hueste conquistadora estaba compuesta por 180 hombres de infantería y 37 caballos, si bien diversas fuentes pueden llegar a elevar el número de infantes a 250 y reducir la de los caballeros a apenas una treintena. Diego de Almagro se encargó del envío de suministros y hombres desde la retaguardia panameña -150 hombres y 86 caballos llegaron con el propio Almagro a Perú en abril de 1533-, de modo que con los refuerzos arribados al mando de otros capitanes, como Sebastián de Belalcázar y Hernando de Soto, la hueste conquistadora del imperio de los incas alcanzaría los 350 infantes y los 67 efectivos de caballería. Dos terceras partes de aquellos hombres eran baquianos, es decir veteranos de Indias, gente dura y aclimatada ya a aquellas tierras, si bien las selvas pana-



*Santiago Mataindios* (entre 1690 y 1720), óleo sobre lienzo de la escuela cuzqueña. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile.

meñas poco tenían que ver con los Andes. Muchos ellos eran antiguos campesinos y artesanos reconvertidos en gente de pelea. Pero una cifra extraordinaria de hidalgos estuvo presente en sus filas, nada menos que 38. También acompañarían a Pizarro varios cientos de indios auxiliares, en este caso centroamericanos, como solía suceder en casi todas las expediciones. Diversos religiosos, como señalaban las capitulaciones, se incorporaron a la expedición, como los frailes dominicos fray Reginaldo de Pedraza, fray Juan de Yepes y fray Vicente Valverde, quien a la postre fue el encargado de leerle el requerimiento<sup>12</sup> a Atahualpa.<sup>13</sup> Pero ya llegaremos a tan excitante momento.

# CAPÍTULO 3

## ALMAGRO, VALDIVIA Y LA CONQUISTA DE CHILE, 1535-1553

Tras atravesar el desierto de Atacama, la expedición arribó al valle de Copiapó, alcanzado ya, como hemos visto, por Diego de Almagro. Los indios de este valle estaban muy resentidos con los españoles a causa del trato que habían recibido de ellos, pues, no en vano, Almagro se llevó encadenados hacia Perú a muchos de los suyos; por ello, cuando se presentó ante ellos Valdivia, quien hacía lo propio con los naturales de las tierras situadas más al norte –de los que perdió en aquel viaje 400–,<sup>14</sup> este tuvo muy pocos argumentos para convencerles de las bondades del contacto con los recién llegados. Valdivia dividió a su gente en cuatro grupos, que batieron el territorio en busca de indios para utilizarlos como rehenes en el momento de pactar su colaboración con los caciques, a cambio de la libertad de aquellos. Concertado un pacto entre los aborígenes para expulsarlos, en la batalla que siguió, según Mariño de Lobera, de los 8000 beligerantes autóctonos murió una décima parte, mientras que de los 150 hispanos participantes no cayó ninguno, si bien hubo infinidad de heridos. Jerónimo de Vivar habla de un soldado castellano muerto, cuatro caballos y varios indios de servicio –y los cita en este orden–, habiendo sucumbido muchos indios y tomado presos más de 300. Pero lo interesante es la orden de Valdivia, antes de emprender la acción, de no dejar indio, mujer ni muchacho con vida, sino solo los caciques que encontraron para pactar con ellos la rendición de sus gentes.<sup>15</sup>

Según avanzaban más hacia el interior del país, y en dirección a la costa, alcanzaron el valle de Mapuche, zona en la que se había hallado el puerto de Valparaíso en época de Diego de Almagro. Pero los indígenas, que no aceptaban la presencia hispana, quizá advertidos por Manco Inca,<sup>16</sup> y mucho más al comprobar cómo con sus acechanzas y escaramuzas no conseguían gran cosa, eligieron como jefe a Michimalongo para dar la batalla al grupo hispano. En el lugar donde se libró, y en honor al apóstol que les dio la victoria, se fundó la ciudad de Santiago el 12 de febrero de 1541.

Valdivia, que conocía el peligro de dejar de presionar a los indios sin derrotarlos del todo, máxime conociendo que Michimalongo se hallaba en un fortín, decidió atacarlo con 80 de sus hombres, entre infantes y efectivos de caballería. Tras la derrota de los indios, Mariño de Lobera

es poco explícito cuando señala que entre los prisioneros, heridos o no, «se hizo ejemplar castigo, según parecía convenir en aquel tiempo».<sup>17</sup>

Era del máximo interés para los hispanos, de ahí que se le perdonase la vida a Michimalongo, conocer el lugar de donde se extraía el oro con el que se pagaba el tributo al Inca, pues se hallaban en tierras dominadas antaño por este. Informados de esta cuestión, en poco tiempo habría cerca de 2000 indios e indias lavando oro al cuidado de 25 españoles, en unas condiciones de trabajo muy duras. Tanto es así que, muy poco después, los indígenas volvieron a juntarse en son de guerra, y asaltaron las minas de Malgama, donde mataron a todos los hispanos presentes menos a uno, que llevó la noticia a Santiago. A continuación, mientras el propio Valdivia salía de la ciudad hacia la provincia de los indios paramocoes con 90 hombres, Santiago sufriría su primer sitio (11 de septiembre de 1541) del que fue defendida por un total de medio centenar de hombres, 32 de ellos de a caballo, o bien por 72 hombres incluidos los de a caballo. Para el padre Rosales, solo contaban con 6 arcabuces y 2 ballestas. Según Mariño de Lobera, tras varias horas de asedio, la tropa hispana hizo una salida desde la urbe en forma de escuadrón, con lo que ganaron el día gracias al uso de los caballos, si bien los indios de servicio algún papel más desempeñarían, aparte de llevar presos a los indios atacantes de vuelta a la ciudad. De nuevo, los datos que nos proporciona el cronista son un tanto difíciles de asumir: 2000 indígenas muertos, sin ninguna baja mortal del lado hispano, si bien casi todos malheridos, y la ciudad saqueada y semidestruida por los incendios. El propio Valdivia, en carta a Carlos I, admite que hubo 4 españoles muertos –aunque quizá solo fuesen 2, al final–, así como 23 caballos, dato que demuestra, una vez más, la tremenda importancia de la caballería hispana para alcanzar la victoria en choques como este, a falta de un mayor número de infantes. Jerónimo de Vivar reduce las bajas aborígenes a 800, por 4 del lado hispano, así como 14 caballos perdidos.<sup>18</sup> Diego Rosales trata el rechazo de las tropas aborígenes, una vez consiguieron estas quemar la ciudad, «haziendo en ellos tal matanza que siguiendo el alcance hasta que cerró la noche dexaron setecientos bárbaros en las calles y en la campaña muertos».<sup>19</sup>

# CAPÍTULO 4

## ALMAGRISTAS Y PIZARRISTAS



«Pontifical Pizarro, Almagro / don Diego de Almagro, don Francisco Pizarro / en Castilla».

Tras la toma de Cuzco una vez retornado de su fallido intento por conquistar Chile y la posterior derrota de las tropas enviadas por Francisco Pizarro, al mando de Alonso de Alvarado, a las que incorporaría a su hueste, como se ha explicado en los capítulos anteriores, Diego de Almagro consiguió disponer de algo más de 1200 hombres, pero apenas una tercera parte le serían fieles. El lugar-teniente de Almagro, Rodrigo Orgoños, le insistió en la conveniencia de que había que decapitar a los hermanos

Pizarro presos, Hernando y Gonzalo, además de a Alonso de Alvarado pues «el hombre muerto no puede hablar», asegura Cieza de León que decía Orgoños. De hecho, tengo la sensación de que Orgoños fue el primero en darse cuenta de que un nuevo tipo de lucha se iba a imponer en Perú y, por tanto, era necesario emplear nuevas reglas, ya que aunque el juego fuese muy antiguo, las guerras civiles vividas en la Roma republicana, como ya se ha señalado, eran un obvio precedente. Por ejemplo, la crueldad. Como veremos, en las guerras civiles peruanas iban a estar a la orden del día las ejecuciones de los líderes contrarios –y de los desertores–, pero también la incorporación de sus tropas a las propias una vez derrotadas las primeras. La falta de fidelidad, la traición en suma, era castigada de inmediato con nuevas ejecuciones. La espiral de violencia fue terrible. A veces, alcanzó a las mujeres de los combatientes. Pero solo un cronista como Cieza de León tuvo la sensibilidad suficiente como para reconocer los males sufridos por los indios, solo comparables a los que les quedaban por soportar. Al tratar sobre los hechos acaecidos, no dudaba en señalar cómo ninguno de los dos ejércitos tuvo caridad con los aborígenes: «E así faltaron destos valles de Lima a La Nasca toda la mayor parte que en ellos habitaba, de muertos, así de hambre como de llevarlos presos en cadenas e de otros muchos daños que de aquí recibieron, para venir en tanta disminución como ahora hay».<sup>5</sup>

El adelantado Almagro no quiso iniciar una política de ejecuciones selectivas de sus principales enemigos. Confiando en sus derechos, pero con una gran seguridad en que, de alguna forma, debía conquistar una vez más Perú, decidió abandonar Cuzco –saldría el 17 de septiembre de 1537– para fundar una ciudad en la costa que, de la misma manera que Lima, le permitiese estar en contacto con Panamá y, desde allá, con la Corte. Así lo haría en el valle de Chíncha y bautizaría la nueva ciudad con su apellido: Almagro. El adelantado se llevó consigo una hueste compuesta por 550 hispanos, casi la mitad de sus tropas, y a Hernando Pizarro. Viajaban en buena orden, dice Cieza de León, es decir, en forma de escuadrón y con los caballos aprestados, con corredores por delante

de ellos a modo de exploradores, y portaban consigo el dinero del rey: medio millón de pesos. La legalidad ante todo. En Cuzco permanecieron Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado y no a buen recaudo, pues al poco de la salida de Almagro consiguieron escapar y alcanzaron Lima, con la ayuda de algunos elementos almagristas traidores, en especial, Lorenzo de Aldana, el cual había sido injustamente tratado, según su parecer, por Diego de Almagro. Al enterarse este de la fuga por medio de Gabriel de Rojas, estuvo en un tris de hacer caso a Orgoños y ejecutar a Hernando Pizarro, pero entonces los ruegos de Diego de Alvarado lo salvaron aquella vez. Según Cieza de León, Pantoja, el alférez general almagrista, le llegó a poner una daga en el pecho a Pizarro.<sup>6</sup>

A partir de ese momento, de nuevo se buscó el acuerdo entre una y otra parte. Gracias a la intervención del mercedario Francisco de Bobadilla –calificado de pizarrista por casi todos los cronistas–,<sup>7</sup> en la localidad de Mala se produjo una entrevista entre ambos contendientes el 13 de noviembre de 1537. En primera instancia, el encuentro de Mala no fue concluyente. Tras varias semanas de discusiones, Francisco Pizarro realizó una última

propuesta que Diego de Almagro aceptaría: a cambio de la libertad de Hernando Pizarro recibiría un rescate librado en oro y podría permanecer en Cuzco hasta que la Corona dictaminase a quién pertenecía de manera definitiva.<sup>8</sup> El lugarteniente de Almagro, Rodrigo Orgoños, se dio cuenta del error cometido, pues solo la prisión de Hernando Pizarro había impedido a los pizarristas arrojarlos sobre ellos. En aquellos días, Francisco Pizarro podía contar con un ejército de unos 700 efectivos,<sup>9</sup> mientras que Almagro se hallaba muy lejos de su base y con menos hombres. Además, se sabe que en aquellas jornadas de Mala, tanto Gonzalo Pizarro como el propio Almagro habían tomado disposiciones militares previendo una traición.<sup>10</sup> Una vez más, Cieza de León nos informa de primera mano, pues en el campo de Almagro, al enterarse del trato hecho con Francisco Pizarro, se colocaron unos pasquines que decían:

Almagro pide paz  
los Pizarros piden guerra, guerra;  
ellos todos morirán,  
y otro mandará la tierra.<sup>11</sup>



Detalle de los tres niveles de muros dentados de la fortaleza de Sacsayhuamán, en Cuzco. Dominio público

# CAPÍTULO 5

## LA REBELIÓN DE LOS ENCOMENDEROS

Usando la astucia, la ambición de algunos y la pusilanimidad de otros, la aprensión por la aplicación estricta<sup>10</sup> de las Leyes Nuevas por parte de la amplia mayoría de vecinos de Cuzco, además de los muchos rumores, en suma, que circulaban por todas partes –entre otros, que el virrey quería cortarle la cabeza–, Gonzalo Pizarro consiguió, en primer lugar, que lo eligieran capitán general (26 de mayo) para defenderse de Manco Inca –se alegó que este aprovecharía el malestar para atacar su antigua capital–, nombramiento que le permitió comenzar a reclutar un ejército de voluntarios que le llegaban de todas partes, «bien proveídos de arcabuces y pólvora, para le seguir, deseando que ya los bullicios se convirtiesen en guerra, para salir de la pobreza que con la paz tenían», escribió Cieza de León.<sup>11</sup> Una vez logrado este apoyo militar incontestable, Gonzalo Pizarro maniobró hasta que consiguió que el cabildo de Cuzco lo eligiera procurador general (23 de junio) y justicia mayor (27 de junio). Presionó a quienes no quisieron otorgarle dicho cargo y, por ello, algunos, como Gabriel de Rojas, Pedro Pizarro o Garcilaso de la Vega, hubieron de huir de la urbe. El procurador Pedro Alonso Carrasco, en cambio, fue emboscado una noche y recibió tres heridas de unos incondicionales de Pizarro. Fue un mensaje claro. Controlada esta ciudad, Pizarro se puso en contacto con el sargento mayor Francisco de Carvajal, que se encontraba en Arequipa, y le pidió su apoyo para su causa y que se presentase en Cuzco con todas las tropas que pudiera conseguir. El sargento mayor aceptó. Más tarde, lo nombraría maestre de campo. La ironía es que Carvajal había intentado abandonar el territorio pues

barruntaba lo que se avecinaba, pero no pudo hallar ningún barco con destino a Panamá y, de allá, a la Península a quejarse al rey por las Leyes Nuevas. Mala suerte. También se nombró a Alonso de Toro maestre de campo –más tarde, Pizarro desconfiaría de él–; a Antonio Altamirano, alférez general; y capitanes de infantería a Diego de Gumiel y Juan Vélez de Guevara; Pedro Cermeño sería capitán de arcabuceros, Hernando de Bachicao de la artillería y Pedro de Portocarrero capitán de caballería.

La situación no podía ir sino a peor si, desde Lima, el virrey, a causa de su talante, tampoco ayudaba. Buena parte de la desazón en la que se hallaba sumido el territorio se debía a la rígida actitud del propio Núñez Vela, quien se enemistó con parte del cabildo limeño, mandó encarcelar a Vaca de Castro, disputó en público con los oidores de la nueva Audiencia –que en secreto se habían puesto ya en contacto con Pizarro–, lo que retrasó su constitución, y se enfureció con las noticias que sobre Cuzco y Gonzalo Pizarro le dio Lorenzo de Aldana. Aunque un tiempo después, y en vista de los acontecimientos, llegó a suspender la aplicación de las Leyes Nuevas durante dos años –resolución tomada el 16 de agosto de 1544–, medida que debió pensar introducir antes, la locura de la guerra ya se había apoderado de nuevo de los españoles que habitaban en Perú. El obispo de Cuzco, fray Juan Solano, no dudó en escribir lo siguiente a Carlos I: «[...] todos están muy mal con el visorrey y es malquisto de todos y antes se dexaran hazer pedaços que no ser gobernados por el [...] y culpa de todo ello el mismo visorrey la tiene porque no se [h]a sabido govarnar».<sup>12</sup>



A los lados, cabezas dentadas de oro y plata de dos mazas incas (ss. XV–XVI). Ethnologisches Museum, Berlín. En el centro, cabeza de cobre o bronce de un hacha andina (ss. XIII–XV). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

# CAPÍTULO 6

## EL LEVANTAMIENTO DE GIRÓN, 1553-1554

Tras la salida de Perú del presidente La Gasca en enero de 1550, momento en el que realizaría un segundo reparto de encomiendas,<sup>3</sup> y llevaría para España nada menos que 1 500 000 pesos de oro,<sup>4</sup> durante poco más de un año se hizo cargo del gobierno la Real Audiencia, la cual se vio obligada ya a inicios de diciembre de aquel año a enviar al mariscal Alvarado a Cuzco como nuevo corregidor con el objeto de frenar las ansias revoltosas de algunos vecinos. En aquel momento, ya se habían juntado hasta 180 soldados en Cuzco, quienes disponían de hasta medio centenar de arcabuces. Alvarado ejecutó a tres vecinos –Miranda, Melgarejo y Barrionuevo– y desterró a otros cinco.<sup>5</sup>

El 12 de febrero de 1551 se hizo cargo del gobierno el segundo virrey, Antonio de Mendoza, quien con su salud muy deteriorada apenas si aguantó un año, hasta julio de 1552, al frente de su cargo. Para entonces, había abolido el servicio personal de los indios. Por ello, las quejas se multiplicaron y muchos querían encontrar un caudillo que los liderara. Al fallar de momento Hernández Girón, quien les había prometido a los oidores no alterar los ánimos de los encomenderos peruanos, muchos buscaron una alternativa en Sebastián de Castilla. Para entonces, según Diego Fernández, era opinión de algunos que «después de alzados en el reino habían de

matar a cuchillo todos los vecinos que tuviesen repartimientos de indios». En Lima, una nueva conjura fue frenada por la Audiencia, la cual se limitó a ejecutar a Luis de Vargas, si bien se dejó en libertad a otros muchos por no alterar demasiado el orden establecido. Para Diego Fernández, «se puede bien considerar y es argumento de cuán temeroso y amilanado ha sido algunas veces la justicia en el Perú, pues en caso tan criminoso y atroz, por mejor partido se escondía y de temor callaba la que era suprema justicia».<sup>6</sup>

Tras su muerte, la Real Audiencia se hizo cargo de nuevo del poder, aunque desde marzo de 1553 hubo alteraciones en Charcas, donde fue asesinado Pedro de Hinojosa, corregidor y justicia mayor en dicho territorio, por allegados de Sebastián de Castilla; este, a causa de algunas diferencias, y cuando ya tenía 340 hombres alzados, fue muerto a puñaladas por Vasco Godínez y otros secuaces, quienes se declararon a favor del rey. Godínez, el nuevo hombre fuerte de La Plata, administraba justicia a su manera, pues, en palabras de Diego Fernández, unos ministros injustos aplicaban una justicia que solo podía ser injusta, «donde los robadores lobos mataban y justificaban a otros que (aunque verdaderamente eran muy culpados) respecto dellos eran como mansos corderos».<sup>7</sup> Perú caminaba de nuevo hacia la guerra.

### Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 637 659 915 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

